

INTRODUCCIÓN

¿HUMANISMO CÍVICO Y PERSONALISMO COMUNITARIO O HUMANISMO INDIVIDUALISTA Y PROGRESISMO NEOBURGUÉS?

NO hay politólogos, ni historiadores que no tengan la secreta esperanza de contribuir con sus trabajos a la comprensión del pasado, a la explicación del presente y a la intuición del futuro. Pero hay épocas que obligan a renunciar a la comodidad de la erudición o de la especulación pura, y que exigen un compromiso sereno y meditado. Por supuesto, sabemos que el trabajo intelectual es incompatible con el compromiso partidista, que el primero es inseparable de la duda metódica, cuando el segundo supone siempre una buena parte de fe profética y de esperanza. Pero ¿es procedente semejante argumento, clásico y remachado, en una sociedad que se disuelve, en una época de confusión mental, de corrupción de las elites, de colapso absoluto de todo criterio moral en la vida pública y privada? ¿No sería en adelante la mejor tapadera para las lamentables escapatorias de tantos oportunistas en busca de prestigio y fortuna?

El historiador y politólogo también es miembro de la sociedad. Pertenece al mundo de su tiempo. Si tiene como tal el deber de no confundir el análisis crítico con el servicio de una causa, también, y particularmente en circunstancias de

crisis profunda, tiene la obligación moral de no complacerse en la posición del simple espectador pasivo ni de retirarse cobardemente en el Aventino. Con acierto, ya en los albores de los años sesenta del siglo pasado, el sociólogo liberal, Raymond Aron, instaba a sus colegas observadores políticos a ser espectadores comprometidos.

Este libro se basa en una idea sencilla que fue al principio la intuición de un puñado de escritores y que poco a poco viene a ser la hipótesis de estudio de un grupo cada día más nutrido de historiadores de las ideas y de los hechos. Hay, por una parte, revolucionarios, reformistas y conservadores, que quieren cambiar la sociedad para que todos, obreros, campesinos, parados y burgueses, tengan sólidas raíces, y hay, por otra parte, revolucionarios, reformistas y conservadores que contribuyen a acelerar el proceso de desintegración del tejido social y a extender la enfermedad del desarraigo.

Dicho de otra forma, en nuestros países se oponen dos visiones del mundo. Por un lado, la cultura neoliberal y neosocialdemócrata, la cual representa la realización del proyecto del iluminismo o de la Ilustración, proyecto depurado de sus residuos jacobino y marxista, bajo el signo de la liberación, de la desalienación, de la secularización, del mundialismo, de la primacía de la norma sobre la decisión, del derecho individual sobre el derecho de los pueblos. Y por otra parte, en la otra vertiente, se encuentra la cultura comunitaria, la de la *res publica*, el *Republicanismo* (en su sentido histórico más amplio remontando a las civilizaciones clásicas helenística y romana), la afirmación de la postmodernidad bajo el signo del desarrollo social, del arraigo, de la comunión humana, de la solidaridad comunitaria, de la identidad y de la diversidad cultural, histórica y religiosa, el reco-

nocimiento del derecho de los pueblos y del derecho inalienable a sus diferencias.

Dos tradiciones occidentales que se oponen sin tregua: una, mayoritaria, la del humanismo progresista, del derecho natural secularizado, de la libertad negativa e individualista entendida como dominio del hombre sobre todo lo que no puede molestar al otro; y otra, minoritaria, la del humanismo cívico-cultural y del personalismo cristiano, la de la República virtuosa, la cual considera al hombre como un ser y un ciudadano con deberes hacia su comunidad, y concibe la libertad como positiva o participativa. A un lado están los que defienden el arraigo y las identidades colectivas, es decir, un objetivo que reúne tradición (un tópico de la derecha) y emancipación (un tópico de la izquierda) y, al otro, los que luchan por la globalización bajo la doble bandera del neocapitalismo y de la homogeneización cultural.¹

Una idea por supuesto provocadora, sospechosa e incluso peligrosa para todos los comentaristas de la política diaria que lamentan, sobre todo desde la década de los noventa del siglo pasado, el agotamiento de la dicotomía derecha-izquierda y la multiplicación de los cortes transversales dentro de cada

1. Por lo tanto este ensayo no defiende la tesis de la lucha entre emancipación y arraigo, como la filósofa francesa Chantal Delsol (véase: *La nature du populisme ou la figure de l'idiot*, Nice, Ovidia, 2008), sino la de la lucha entre globalización (neoliberalismo capitalista + progresismo multicultural) y arraigo (tradición + emancipación) tesis desarrollada, entre otros, por el politólogo argentino Horacio Eichelbaum y presentada en España por el escritor José Javier Esparza. Es siempre el pueblo el que se emancipa y libera del yugo de la oligarquía y no lo contrario, a pesar de lo que quiere hacer creer el intelectual «orgánico», inconfesado partidario de nuevas formas de despotismos ilustrados. Dicho esto, la tragedia de la historia es que a menudo las elites contestatarias utilizan los intereses y las pasiones de las masas para acceder al poder como lo hacen las elites dominantes para conservarlo.

uno de los dos campos. Sin embargo una idea generosa, familiar, evidente y natural para todos los que ven en la posición exclusivista de derecha o de izquierda una forma extrema de la hemiplejía moral y de la enfermedad del alma.

Más allá del somero análisis y descripción del reciente agotamiento de la división derecha-izquierda, este libro quiere contribuir a aclarar la genealogía del renovado fenómeno de «Tercera vía comunitaria» y popular tanto en Europa como en América. No pretende agotar el tema, ni siquiera tocar por encima la totalidad de sus múltiples facetas. Ensayo introductorio, vademécum de ideas no conformistas, procura esbozar orientaciones, iniciar pistas de reflexión, recordar algunos principios fundamentales, exponer ejemplos representativos de autores y movimientos que permiten entender mejor las convergencias e influencias recíprocas adentro de un conjunto circunscrito de corrientes, pensamientos e ideas políticas. Trata de reencontrar las auténticas filiaciones de la Tercera vía, modelo político que tiene sólo sentido cuando se sitúa claramente entre, por una parte, los Estados totalitarios y los Estados providenciales, los cuales unas veces aplastan y desprecian los pueblos e individuos y otras veces los infantilizan y desresponsabilizan y, por otra parte, los Estados neoliberales y neosocialdemócratas cuyo culto al individualismo e idolatría del mercado socavan los valores familiares y comunitarios, y aceleran el proceso de desarraigo y desintegración social.

Un modelo que no busca la vía media y centrista sino el punto de equilibrio, la justa mezcla entre realismo e idealismo; un modelo que intenta favorecer el completo desarrollo de las personas libres y responsables y que lucha contra la erosión de los fundamentos espirituales, psicológicos y culturales de la democracia; un modelo que garantiza la propie-

dad individual, familiar y sindical de los medios de producción así como la de formas más grandes de propiedad, siempre y cuando estas últimas estén rigurosamente reglamentadas en el marco de una economía regional autocentrada, impidiendo así los efectos mortíferos de la burocratización pública y privada, de la concentración capitalista y de la colectivización socialista.

Este libro defiende la opinión contraria a la de la mayoría de los políticos e ideólogos contemporáneos.² Pone en tela de juicio la validez permanente de la oposición derecha-izquierda. Niega que haya valores permanentes de derechas y principios inmortales de izquierdas. Subraya la importancia de los cambios y «cruces» ideológicos. Muestra que la obsesionante dicotomía no corresponde a una oposición intangible entre dos tipos de temperamento, de carácter o de sensibilidad; que no se trata de esencias inalterables, de datos originales y absolutamente irreductibles de la vida pública; que no hay definiciones intemporales válidas para todos los tiempos y todos los lugares. Derecha e izquierda son posiciones relativas; cada una se aclara con respecto a la otra. Son la resultante de situaciones contingentes, la constatación de miradas específicas sobre hechos e ideas.

No ignoro la soberana afirmación del filósofo Alain, adalid del radicalismo republicano de filiación jacobino-liberal; una

2. Para una definición más bien «esencialista» de la izquierda o de la derecha, véase: en la vertiente de izquierdas, Norberto Bobbio, Atilio Boron, Gustavo Bueno, Antonio García Santesmasas, Esperanza Guisan, Ted Honderich, Furio Jesi, Joaquín Miras Albarrán, Eugenio del Río, etcétera, y desde posiciones de derechas, Fernando Alonso Barahona, Miguel Ayuso Torres, Patrick Buchanan, Philippe Beneton, José María Escudero, Jean Jaëlic, Jorge Martínez Albaizete, Thomas Molnar, Jacques Annisson du Perron, etcétera.

opinión que revela su profundo recelo hacia los que niegan la pretendida inalterabilidad de la división derecha-izquierda. Sin embargo, a riesgo de pasar por irreverente, parafrasearé su famosa sentencia invirtiendo radicalmente su sentido original:

Cuando se me pregunta si la separación entre partidos de derecha y de izquierda tiene sentido, pienso ante todo que la persona que hace esta pregunta no es de ninguna manera un hombre de derechas o un hombre de izquierdas; puede también que sea: de derechas y de izquierdas.

Alain, que acostumbraba afirmar que «la duda es la sal del espíritu», habría tenido seguramente violentos retortijos a la hora de analizar el rechazo popular del proyecto del tratado constitucional para Europa. ¿No habría sido su duda incluso centuplicada ante la posterior adopción del llamado «tratado simplificado», aquel recorrido hecho para imponer al pueblo por la vía parlamentaria lo rechazado por la vía del referendo? ¿No serían el sorprendente resultado electoral francés y holandés de 2005 y el increíble desprecio de la voluntad popular manifestada por la mayoría de la clase política europea, apenas tres años después (los ciudadanos irlandeses siendo los únicos autorizados a votar el proyecto de Tratado de Lisboa en 2008), la señal de la profunda fractura entre el pueblo y la elite, así como el sello indeleble de la radical obsolescencia de la dicotomía derecha-izquierda? ¿Acaso no hubo votos a favor del sí y del no en la derecha como en la izquierda y en cada uno de estos casos? Claro que la inmensa mayoría de los políticos y de sus comentaristas afines suelen resistirse a admitir la dura realidad de los hechos. Como dicen los bromistas «cuando el pueblo se equivoca sólo cabe una solución para el gobierno: cambiar de pueblo». Pero desgracia-

damente no todos los políticos tienen el mismo sentido del humor y, debido a sus obsesiones por convencer y seducir, sus críticas rara vez son de carácter riguroso, axiológico y reflexivo como lo exige el debate entre personas civilizadas.

¡Llorado pasado reciente de las democracias occidentales que desconocían el «pensamiento único»! Llorados años setenta y ochenta del siglo XX, años anteriores a la caída del muro de Berlín, cuando debido a la saludable presión ejercida por el viejo liberalismo intelectual, los principales medios de comunicación se esforzaban en actuar, ¡por supuesto!, no conformes a los criterios utópicos e inalcanzables de una objetividad perfecta, pero, ¡sí!, intentando siempre servir un honesto paté de caballo y golondrina con las inevitables y asumidas desproporciones del género. En aquella época, los intelectuales más serios no pretendían defender la verdad absoluta. Modestamente, se comprometían a relatar hechos reales y se esforzaban en aceptar que el *otro* difiere en sus interpretaciones huyendo de todo tipo de criminalización o diabolización totalitaria.

Hace más de dos siglos los revolucionarios herederos del iluminismo consideraban que los «fanáticos» no podían merecer la tolerancia. Y los «fanáticos» eran naturalmente los que no compartían sus visiones del mundo. «No hay libertad para los enemigos de la libertad» decía el jacobino Saint-Just. Pues, al principio de este nuevo siglo y a pesar de todas las tristes y numerosas experiencias negativas, los epígonos del iluminismo no parecen haber aprendido las lecciones de la Historia. ¡No confundamos!, para ellos hoy como ayer sigue habiendo «Humanidad y humanidad».

Sabemos que las antiguas censuras, el ostracismo griego, el exilio y el destierro romanos, las condenas medievales, feu-

dales, reales, las ex comunicaciones religiosas y el índice de la Iglesia, tenían todos consecuencias terribles a veces mortales. Sabemos que las modernas censuras de los sucesivos autoritarismos y totalitarismos, tan difundidos a lo largo de los siglos XIX y XX, fueron sin piedad. Sabemos también que el silencio obligado, la difamación mediática y moral, el estancamiento social o la marginación profesional impuestos a los no conformistas de hoy es un precio a pagar relativamente módico comparando con la bala en la nuca o el campo de concentración tan apreciados, durante décadas, por los numerosos partidarios de los colectivismos socialistas-marxistas y del racismo nacionalsocialista. Pero no nos engañemos, en todas las épocas y en todos los lugares los medios de comunicación oficial sirven al poder existente. Y lamentablemente, en nuestras sociedades occidentales «avanzadas» las libertades intelectuales sufren a veces más que ayer debido a las nuevas tecnologías y al consiguiente eficazísimo boicoteo organizado por los numerosos guardianes de lo «políticamente correcto».

En nombre del maoísmo, castrismo, guevarismo, trotskismo o izquierdismo freudo-marxista, una buena parte de la generación estudiantil de los años sesenta fue severa con los partidos comunistas ortodoxos, salvaguardias del imperio soviético, y lo fue todavía más con el sistema liberal-capitalista. Luego, la inmensa mayoría se adaptó para poder ocupar las avenidas del poder. Pero cambiar de ideas resulta más fácil que cambiar de modo de pensar. Censores e inquisidores eran ayer censores e inquisidores son hoy. Como dice el antiguo disidente ruso, Alexandre Zinoviev,

el totalitarismo financiero es frío. No conoce ni la piedad ni los sentimientos. Las dictaduras políticas son lastimosas

comparándolas con la eficacia de la dictadura financiera. Una cierta resistencia era posible en las dictaduras más duras. Pero no hay rebelión posible contra la Banca.³

En nuestro mundo moderno, la inmensa mayoría de la intelectualidad oficial, incluso los que manifiestan un rechazo aparentemente radical a la cultura dominante, son apoyos del sistema mercantilista y consumista. Significativamente, el radicalismo de los pretendidos críticos del pensamiento único o de lo políticamente correcto nunca se dirige contra el enemigo real, sino que va a lo seguro, a lo aceptado: desconstrucción, postmodernismo, nihilismo, relativismo, reivindicación *gay*, feminismo radical, pornografía, legalización de las drogas, etcétera. Claro que el pensamiento sigue diverso, pero la posibilidad de su expresión se ha reducido de manera radical. Como dicen algunos comentaristas con sentido del humor: «la opresión sexual del siglo XIX y la opresión fiscal del siglo XX, han sido sustituidas por la opresión mediática del siglo XXI».

Los nuevos maestros censores odian que se les cuestione sobre sus certidumbres. Cualquiera que estuviera en desacuerdo con ellos, o con sus visiones del mundo, está condenado al ostracismo y, últimamente, detestado y combatido no como un adversario sino como un enemigo, ignorante y despreciable. Sepultureros de la Historia, instrumentalizan el deber de memoria y la exigencia de arrepentimiento. Falsarios hipócritas, pretenden defender la libertad de expresión pero limitan, obstaculizan o impiden el verdadero diálogo demo-

3. Alexandre Zinoviev, *La grande rupture* (La gran ruptura), Lausanne, «L'Age d'Homme», 1999, p. 93.

crático. Confunden deliberadamente el acuerdo o convenio circunstancial de tipo corporativista, el consenso gremial, con la búsqueda desinteresada y desapasionada de la verdad. Para ellos, primero conviene conformar, luego informar. No buscan la verdad, se mueven en el área de las convenciones y de lo correcto.